

¡Se lució el mozo!

Con todos sus desplantes de superhombres libres, no eran sino una comillilla de lacayos, lacayos desde el botones hasta el redactor jefe. Lacayo hasta el mismo director.

Todos encorvados por hambre—hambre de pan, hambre de “epatar”—ante el supremo mortal negociante, amo, inspirador del periódico.

Y como el lema de este negrero de la prensa era “ni Dios ni amo”—una novedad!—sus esclavos, aduladores y bájunos, se encargaban de acotar la rebosada frase y de extraerle todas las consecuencias imaginables y jamás imaginadas, en las columnas del diario.

No hay que decir cómo saldrían de oro y de azul la iglesia, la familia, la autoridad, la Patria...

La verdad es que aquellos pobres chicos de la redacción—chicos de quince a cincuenta años—trabajaban como fieras.

“Como fieras? No; como pájaros inmundos, como cuervos, con la obsesión rabiosa de la carne de cura.”

Porque, ocurría lo que ocurría, aunque hubiera que dedicar grandes espacios a sucesos diversos, aunque se hicieran obligadas campañas en favor de los presos políticos o en pro de los sindicistas, o contra la guerra, o contra las disposiciones de un ministro, siempre, sin faltar en un número, se venía a parar al mismo tema, a la ignorancia del clero, a la perfidia de la iglesia, a la rapacidad de los conventos.

“Cosas nuevas también!”

“Por qué, a través de todos los progresos y de la ascendente depuración de las ideas, ha de haber siempre vulgarización enormes de ciegos y viciados. Jamás se sacia de calumnias de chismes?”

“Y por qué perseveran en su inútil labor de destrucción los jornaleros del engaño y del odio?

Todos los días el periódico aparecía con grandes títulos: “La campaña de Melilla es antipopular...” “A la guerra no van los hijos de los ricos...” “El capitalismo agotará las energías y la sangre de la nación...”

Sin faltar la salsa consabida: “Un seminarsita desertó...?” “¿Qué han hecho en África los frailes...?” “Los curas siguen diciendo misa en España...” Y este último tema, de los curas ociosos e indiferentes ante la gran tragedia de la Patria, era el preferido, el bordado, el glosado en todos los tonos y hasta en rimas jocosas.

—A ver, tú, inventa algo para llenar esta media columna, dijo el redactor jefe a un pobre diablo.

—Hombre, no me reviente usted, que llevo hechas cuatro secciones ya!

—Pues, otra más y ya puedes marcharte.

—Sí, al Gobierno, que me ha encargado Suárez que se lo hiciera hoy.

—No le hagas caso... No ocurrirá allí nada... Anda, hazlo lo que te digo; dos coplas; una folía; enalquier cosa, que esperan en las máquinas.

Ese periodista siervo se rascó la cabeza, lió un pitillo, suspiró chulamente y se dispuso a obedecer.

—De qué las antipáticas cuartillas?

Fumando y cavilando se pasó dos minutos.

—Hombre, sí, muy bien—se habló a sí mismo—, como no esté ajustada la primera página, me parece que les coloco el fondo.

Y escribió el título entre dos interrogantes cuidadosamente dibujados: “¿Cómo no contribuye el clero a la campaña?”

Y debajo: “No da pesetas, pero ofrece oraciones”.

Y después...

Después venía el artículo insidioso, malo, calumniador, con ejemplos supuestos, con citas truncadas de pasteles, con fábulas aviesas, con enfados de supina ignorancia.

Ante la acometividad febril de la pluma del mozo, le intrerrogaba, asombrado, su jefe:

—Hace usted versos?

Y el otro, sin alzar la cabeza, arrastrado por su aluvión de ideas, sin dejar de escribir, le respondía medio en broma, medio en versos:

—Sí, versos, sí... Se empeñó usted en encajarme un relleno, y me está saliendo un artículo precioso.

A la noche siguiente, un eura—un eura!—se aventuraba a penetrar redacción adelante.

Un proezas botoncillos le salió al paso.

—Qué querrá este tío?..

Pronto lo supo.

—¿El señor director?

—No está.

—¿El señor redactor-jefe?

—No está.

—No sé... Voy a ver...

Sólo estaba Rosillo, el pobre diablo que pergeñó el artículo precioso.

—¿Un cura?... Que pase.

Pasó.

—Tendrá usted la bondad de pres- tarme atención unos momentos?

—Usted dirá.

Ni le ofreció una silla.

El sacerdote, viejo ya, venerable, con voz débil al principio, con energético acento a medida que avanzaba, habló:

—El número de hoy trae un sueldo lleno de insidias y falso a todas las consecuencias imaginables y jamás imaginadas, en las columnas del diario.

No hay que decir cómo saldrían de oro y de azul la iglesia, la familia, la autoridad, la Patria...

La verdad es que aquellos pobres chicos de la redacción—chicos de quince a cincuenta años—trabajaban como fieras.

“Como fieras?

No; como pájaros inmundos, como cuervos, con la obsesión rabiosa de la carne de cura.

Porque, ocurría lo que ocurría,

aunque hubiera que dedicar grandes espacios a sucesos diversos, aunque se hicieran obligadas campañas en favor de los presos políticos o en pro de los sindicistas, o contra la guerra, o contra las disposiciones de un ministro, siempre, sin faltar en un número, se venía a parar al mismo tema, a la ignorancia del clero, a la perfidia de la iglesia, a la rapacidad de los conventos.

“Cosas nuevas también!”

“Por qué, a través de todos los progresos y de la ascendente depuración de las ideas, ha de haber siempre vulgarización enormes de ciegos y viciados. Jamás se sacia de calumnias de chismes?”

“Y por qué perseveran en su inútil labor de destrucción los jornaleros del engaño y del odio?

Todos los días el periódico aparecía con grandes títulos: “La campaña de Melilla es antipopular...” “A la guerra no van los hijos de los ricos...” “El capitalismo agotará las energías y la sangre de la nación...”

Sin faltar la salsa consabida: “Un seminarsita desertó...?” “¿Qué han hecho en África los frailes...?” “Los curas siguen diciendo misa en España...” Y este último tema, de los curas ociosos e indiferentes ante la gran tragedia de la Patria, era el preferido, el bordado, el glosado en todos los tonos y hasta en rimas jocosas.

—A ver, tú, inventa algo para llenar esta media columna, dijo el redactor jefe a un pobre diablo.

—Hombre, no me reviente usted, que llevo hechas cuatro secciones ya!

—Pues, otra más y ya puedes marcharte.

—Sí, al Gobierno, que me ha encargado Suárez que se lo hiciera hoy.

—No le hagas caso... No ocurrirá allí nada... Anda, hazlo lo que te digo; dos coplas; una folía; enalquier cosa, que esperan en las máquinas.

Ese periodista siervo se rascó la cabeza, lió un pitillo, suspiró chulamente y se dispuso a obedecer.

—De qué las antipáticas cuartillas?

Fumando y cavilando se pasó dos minutos.

—Hombre, sí, muy bien—se habló a sí mismo—, como no esté ajustada la primera página, me parece que les coloco el fondo.

Y escribió el título entre dos interrogantes cuidadosamente dibujados: “¿Cómo no contribuye el clero a la campaña?”

Y debajo: “No da pesetas, pero ofrece oraciones”.

Y después...

Después venía el artículo insidioso, malo, calumniador, con ejemplos supuestos, con citas truncadas de pasteles, con fábulas aviesas, con enfados de supina ignorancia.

Ante la acometividad febril de la pluma del mozo, le intrerrogaba, asombrado, su jefe:

—Hace usted versos?

Y el otro, sin alzar la cabeza, arrastrado por su aluvión de ideas, sin dejar de escribir, le respondía medio en broma, medio en versos:

—Sí, versos, sí... Se empeñó usted en encajarme un relleno, y me está saliendo un artículo precioso.

A la noche siguiente, un eura—un eura!—se aventuraba a penetrar redacción adelante.

Un proezas botoncillos le salió al paso.

—Qué querrá este tío?..

Pronto lo supo.

—¿El señor director?

—No está.

—¿El señor redactor-jefe?

—No está.

—No sé... Voy a ver...

Sólo estaba Rosillo, el pobre diablo que pergeñó el artículo precioso.

—¿Un cura?... Que pase.

Pasó.

—Tendrá usted la bondad de pres- tarme atención unos momentos?

—Usted dirá.

Ni le ofreció una silla.

El sacerdote, viejo ya, venerable, con voz débil al principio, con energético acento a medida que avanzaba, habló:

—El número de hoy trae un sueldo lleno de insidias y falso a todas las consecuencias imaginables y jamás imaginadas, en las columnas del diario.

No hay que decir cómo saldrían de oro y de azul la iglesia, la familia, la autoridad, la Patria...

La verdad es que aquellos pobres chicos de la redacción—chicos de quince a cincuenta años—trabajaban como fieras.

“Como fieras?

No; como pájaros inmundos, como cuervos, con la obsesión rabiosa de la carne de cura.

Porque, ocurría lo que ocurría,

aunque hubiera que dedicar grandes espacios a sucesos diversos, aunque se hicieran obligadas campañas en favor de los presos políticos o en pro de los sindicistas, o contra la guerra, o contra las disposiciones de un ministro, siempre, sin faltar en un número, se venía a parar al mismo tema, a la ignorancia del clero, a la perfidia de la iglesia, a la rapacidad de los conventos.

“Cosas nuevas también!”

“Por qué, a través de todos los progresos y de la ascendente depuración de las ideas, ha de haber siempre vulgarización enormes de ciegos y viciados. Jamás se sacia de calumnias de chismes?”

“Y por qué perseveran en su inútil labor de destrucción los jornaleros del engaño y del odio?

Todos los días el periódico aparecía con grandes títulos: “La campaña de Melilla es antipopular...” “A la guerra no van los hijos de los ricos...” “El capitalismo agotará las energías y la sangre de la nación...”

Sin faltar la salsa consabida: “Un seminarsita desertó...?” “¿Qué han hecho en África los frailes...?” “Los curas siguen diciendo misa en España...” Y este último tema, de los curas ociosos e indiferentes ante la gran tragedia de la Patria, era el preferido, el bordado, el glosado en todos los tonos y hasta en rimas jocosas.

—A ver, tú, inventa algo para llenar esta media columna, dijo el redactor jefe a un pobre diablo.

—Hombre, no me reviente usted, que llevo hechas cuatro secciones ya!

—Pues, otra más y ya puedes marcharte.

—Sí, al Gobierno, que me ha encargado Suárez que se lo hiciera hoy.

—No le hagas caso... No ocurrirá allí nada... Anda, hazlo lo que te digo; dos coplas; una folía; enalquier cosa, que esperan en las máquinas.

Ese periodista siervo se rascó la cabeza, lió un pitillo, suspiró chulamente y se dispuso a obedecer.

—De qué las antipáticas cuartillas?

Fumando y cavilando se pasó dos minutos.

—Hombre, sí, muy bien—se habló a sí mismo—, como no esté ajustada la primera página, me parece que les coloco el fondo.

Y escribió el título entre dos interrogantes cuidadosamente dibujados: “¿Cómo no contribuye el clero a la campaña?”

Y debajo: “No da pesetas, pero ofrece oraciones”.

Y después...

Después venía el artículo insidioso, malo, calumniador, con ejemplos supuestos, con citas truncadas de pasteles, con fábulas aviesas, con enfados de supina ignorancia.

Ante la acometividad febril de la pluma del mozo, le intrerrogaba, asombrado, su jefe:

—Hace usted versos?

Y el otro, sin alzar la cabeza, arrastrado por su aluvión de ideas, sin dejar de escribir, le respondía medio en broma, medio en versos:

—Sí, versos, sí... Se empeñó usted en encajarme un relleno, y me está saliendo un artículo precioso.

A la noche siguiente, un eura—un eura!—se aventuraba a penetrar redacción adelante.

Un proezas botoncillos le salió al paso.

—Qué querrá este tío?..

Pronto lo supo.

—¿El señor director?

—No está.